



Theologica Xaveriana

ISSN: 0120-3649

revistascientificasjaveriana@gmail.com

Pontificia Universidad Javeriana

Colombia

GUTIÉRREZ J., ALBERTO

La cruzada no fue una guerra santa

Theologica Xaveriana, núm. 141, 2002, pp. 31-46

Pontificia Universidad Javeriana

Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=191018086003>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



La cruzada no fue una guerra santa

ALBERTO GUTIÉRREZ J., S.I.*

RESUMEN

*M*uchos de los acontecimientos trágicos de última hora, empezando por la destrucción de las torres gemelas de Nueva York, tienen, o pretenden tener, una significación religiosa y gran parte de la violencia que se enseñoorea del mundo obedece a presuntos llamados a defender los intereses de la fe. Lo anterior responde a posiciones fundamentalistas que postulan muchos como imperativos de conciencia, la destrucción o el castigo del otro, que es el infiel. Después del 11 de septiembre del 2001, el problema ha saltado a primerísimos lugares en la opinión pública que se pregunta el por qué de semejante situación tan absurda. Al volver a los orígenes de las religiones cristiana e islámica, se ve que existe en ellas un llamado, no a la guerra, sino a la paz. Entonces ¿por qué y cómo surgió, dentro del islam y del cristianismo, el concepto y la realidad de la llamada guerra santa? Con todo lo que de sugerente a la imaginación tiene el fenómeno de la cruzada para rescatar los santos lugares de la dominación musulmana, se concluye que ni las guerras de cristianos, ni las guerras religiosas del islam pueden llamarse guerras santas.

Palabras claves: Guerra santa, cruzada, Corán, turcos, santos lugares, cristianismo, islam.

* Doctor en Historia, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá. Licenciado en Historia Eclesiástica, Universidad Gregoriana, Roma. Actualmente es profesor de Historia de la Iglesia Latinoamericana en la Universidad Gregoriana, Roma. Correo electrónico: gutierrez@unigre.it

Abstract

The tragic events of the last months including the destruction of the Twin Towers of New York on September 11, 2001, obliges us to reflect on the causes of terroristic violence in the world. The analysis of historical events such as the medieval crusades helps us to understand the reasons for those misnamed "holy wars". Neither Christian nor Islamic religion, in their origin and fundamental principles, justifies a massacre in God's name or for religious motives, as John Paul II says. Anyway, both the crusades to reconquer the Holy Land and the religious wars of Islam are not and cannot be called "holy wars".

Key words: Holy war, crusades, Koran, turks, holy places, christianism, islam.

INTRODUCCIÓN: PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Con motivo de la impresionante e inhumana destrucción suicida de las torres gemelas de Nueva York, ha llegado a la Universidad Gregoriana de Roma un considerable número de periodistas en busca de información sobre temas históricos referentes a las relaciones entre el cristianismo y el islam. Como profesor de historia de la misma Universidad, he debido atender a algunos y hoy me pregunto por qué un acontecimiento tan lamentable, que presuntamente hay que achacar al fundamentalismo de un grupo musulmán, ha vuelto a poner de moda temas sobre los que se ha escrito hasta la saciedad y de los cuales parecería no poderse añadir nada nuevo. Uno de esos, objeto del presente estudio, es el de las *cruzadas* o, preferiría decir, de la *cruzada*, en singular, para indicar que se pretende analizar el fenómeno en general y no en sus particularidades coyunturales. El tema es importante y de actualidad, porque es mucho lo que se habla y escribe sobre él, algunas veces sin la adecuada fundamentación y, lo peor, sin el deseo de la objetividad histórica. Son muchos los que hablan de la cruzada como *guerra santa antimusulmana*, como respuesta o imitación injustificada, de la *guerra santa anticristiana* de los seguidores de la doctrina religiosa del Corán.¹

A lo largo de los meses que han seguido a los trágicos sucesos del 11 de septiembre del 2001, han surgido, en nuestro ambiente, dos preguntas

1. Cfr., "Génesis de la idea de cruzada", en GARCÍA VILLOSLADA, RICARDO, *Historia de la Iglesia Católica, II, Edad Media*, BAC, pp. 104, 432-442.

que es necesario responder si no queremos quedarnos únicamente en la exterioridad de los hechos ahondando con ello divisiones religiosas alejadas del espíritu de quienes están en el origen: Jesucristo, del cristianismo, y Mahoma, del islamismo. La primera se plantea así: ¿Existe, en la *revelación* primigenia de ambas religiones monoteístas, un llamado a la *guerra santa* en el sentido -como dice el Juan Pablo II- de “matar en nombre de Dios” y “por motivos religiosos”? En tesis, la respuesta es ciertamente negativa y resultaría ofensivo a cristianos y musulmanes decir lo contrario. Inclusive el Papa fue muy explícito al respecto, en su discurso de año nuevo, en presencia de todo el cuerpo diplomático, incluido el muy numeroso grupo de embajadores de países islámicos acreditados ante la Santa Sede:

Deseo reafirmar, delante de toda la comunidad internacional, que matar en nombre de Dios es una blasfemia y una perversión de la religión [...] es una profanación de la religión proclamarse terroristas en nombre de Dios, matar y ejercer violencia contra el ser humano en nombre de Dios. La violencia terrorista es ciertamente contraria a la fe en un Dios creador del hombre, un Dios que se preocupa por el hombre y lo ama.²

Las palabras del Papa no pueden ser más enfáticas y el argumento del Dios creador y providente es especialmente válido para los musulmanes.

La segunda pregunta es: si no existe un llamado primigenio a la *guerra santa*, por qué y cómo se llegó a una tal belicosidad que enfrentó por siglos, y corre el peligro de seguimos enfrentando por motivos religiosos, a *cruzados* (soldados-peregrinos con el signo de la cruz en el pecho) y seguidores del profeta, que deducen del *Corán* un llamado obligatorio a la acción armada con miras a la defensa del Islam y a su expansión universal.³

El presente trabajo tiene tres partes: (1) Ambientación histórica. (2) La idea de *guerra santa* en el *Corán* y en la revelación cristiana. (3) La *guerra santa* de los musulmanes y la *cruzada* de los cristianos.

AMBIENTACIÓN HISTÓRICA

Hoy ciertamente nos molesta el término *guerra santa* y más cuando se habla de *guerra santa en nombre de Dios*. Inclusive puede llegar a escandalizarnos el hecho de unir un adjetivo tan venerable a un sustantivo tan antihumano

2. *Osservatore Romano* (11 enero 2002), p. 7

3. Cfr., *Encyclopédie de l'Islam*, II. (Nouvelle édition), p. 551.

y que tantas imágenes de muerte y destrucción suscita en nuestra imaginación. Sin embargo, hubo un tiempo en el que el mundo feudal cristiano de la Europa occidental pasó, con buena fe y con la bendición eclesiástica, del muy justo y devoto concepto de peregrinación a Tierra Santa para visitar, con fines de culto y penitencia, los lugares sagrados de la vida de Jesús, al de peregrinación con fines bélicos, con una justificación religiosa y con indulgencias extraordinarias concedidas por los papas a los participantes.⁴ ¿Qué motivó semejante trasposición teórica y práctica de la mística cristiana y el posterior surgimiento de la idea de *cruzada* con la apariencia de una *guerra santa*? Veamos las líneas generales de la evolución histórica.

La cristiandad medieval

Desde que el emperador Constantino concedió libertad y personería jurídica a la Iglesia de Cristo, por el edicto de Milán del 313, y con mayor razón desde que Teodosio declaró el cristianismo religión oficial del imperio, mediante el edicto de Tesalónica del 380, el ambiente religioso de Europa fue de predominio cristiano y las diversas culturas se impregnaron de la enseñanza de la Iglesia. No obstante, ello no se verificó sin diferencias que degeneraron en luchas internas y en rompimientos de la unidad católica: el arrianismo fue el más violento de todos, no sólo por la extensión del fenómeno que hizo exclamar a san Jerónimo que “el mundo se volvió arriano”, sino porque tocaba la esencia misma del cristianismo, la divinidad del Verbo encarnado, Cristo Jesús, Dios y hombre verdadero. Un segundo rompimiento fue el del cisma de Oriente, que escindió la frágil unidad de la cristiandad y alejó a varias de las venerables iglesias del Oriente de la obediencia al pontífice romano.

La cristiandad occidental, impregnada del mundo nuevo de los *bárbaros* convertidos y de las estructuras feudales que hacían de la tenencia de la tierra la fuente del poder, desarrolló una religiosidad basada en principios tan acendrados, como la plenitud de la potestad papal (“*plenitudo potestatis papalis*”), la Iglesia Católica como la única verdadera con sus notas de unidad,

4. Es interesante analizar la terminología usada en las crónicas medievales. Al referirse a los viajes a Tierra Santa, hablan en primer lugar, de *via*, *profectio*, *iter hyerosolimitanum* o *iter sancti sepulcri*; más tarde de *peregrinatio contra paganos* o *contra musulmanos*. “La palabra *cruciata* (=cruzada) no aparece hasta el siglo XIV, en la crónica de Guillermo Thorne (alrededor de 1380).” GARCÍA VILLOSLADA, RICARDO, *Historia...*, p. 442, nota 15.

santidad, catolicidad y apostolicidad (a la cual se unía la romanidad como consecuencia de tener como única cabeza visible al papa) y la necesidad de establecer el reino terrenal cristiano, prenuncio de la Jerusalén celestial. Al margen del complicado panorama religioso-político del cristianismo, se oponía tradicionalmente la nueva religión surgida en Arabia en el siglo VII con una dinámica propia y una fuerza expansiva innegable y amenazadora: el islam.

Desde las ciudades santas de La Meca y Medina, la religión musulmana fue adquiriendo un impresionante poder de conquista en el Asia Menor, y el norte del África, que llegó hasta la península ibérica. Bastó menos de un siglo, desde la muerte de Mahoma en el año 632, para que el islam barrierá prácticamente con la próspera cristiandad norteafricana e impusiera su ley a una acorralada cristiandad ibérica. Bajo la dominación musulmana en el Asia Menor, los cristianos y judíos que se mantuvieron firmes en sus respectivas religiones, lograron gozar de una relativa autonomía y tolerancia por parte de los dominadores, pues eran reconocidos como seguidores de una doctrina de *origen bíblico*. Fueron considerados *dhimmis*, minorías protegidas, cuya libertad de cultos se garantizaba a cambio del ominoso y humillante pago de una *jizya* o impuesto que, además de otros, se imponía sólo a los no musulmanes; eran, por tanto, comunidades apenas semiautónomas que podían tener sus jefes religiosos responsables ante el gobierno, pero a las que estaba vedado todo culto público y, naturalmente, todo proselitismo religioso.⁵

Para el siglo XI, Jerusalén era una ciudad musulmana que se preciaba de serlo desde hacía 400 años, es decir, desde los tiempos de Mahoma ya que desde allí había ascendido el Profeta hasta el séptimo cielo y había tenido una de las revelaciones fundamentales.⁶ Por tanto, la ciudad de Da-

5. Cfr., *Encyclopédie de l'Islam*, II, p. 551. Respecto de los no pertenecientes a pueblos de ascendencia bíblica (no judíos ni cristianos), la posición del islam es drástica: "Sobre todo si son idólatras, toda tolerancia es excluida, incluidas las semiconcesiones a judíos y cristianos, de tal manera que su conversión al islam es obligatoria bajo pena de muerte o de reducción a la esclavitud." (*Ibidem*) [Trad.propia].

6. Jerusalén llegó a ser ciudad santa del islam desde el *viaje místico* de Mahoma de La Meca a la ciudad de David, viaje "seguido de una ascensión (*miraj*) durante la cual el Profeta ascendió, uno tras otro, a los siete cielos de la creación. En cada cielo, Mahoma encontró profetas de Dios que los habían precedido: David, Salomón, Moisés, Jesús, Abraham, Ismael, hasta llegar a Adán, el primer profeta. Llegado al séptimo cielo,

vid, la ciudad que conservaba los sagrados testimonios de la vida de Cristo, era, para los musulmanes, santa como La Meca y Medina; con dificultad los amos políticos de Tierra Santa permitían que judíos y cristianos consideraran la ciudad como santa también para ellos y, menos que ejercieran un poder sobre ella, con lo cual se creaba, entre el islam y la cristiandad oriental y occidental, una tensa situación a manera de *modus vivendi* cuyo equilibrio era esencialmente inestable por depender del talante del califa que detentaba el poder.⁷

Entrada en escena de los turcos

La división del islam entre la corriente sunita mayoritaria y la chiíta, minoritaria pero influyente y agresiva, llevó, a finales del siglo X, a la formación de un nuevo califato por obra de la dinastía fatimita del Cairo, en Egipto.⁸ El poder expansivo del nuevo califato extendió los dominios a Palestina y Siria, mientras el antiguo califato dominante de Bagdad, de la dinastía sunita *abásida*, fue dominado por los *buwajjidas*, una nueva dinastía chiíta procedente de Persia. En este momento de división y luchas por el poder, a mediados del siglo XI, surge en el mundo islámico una nueva fuerza, recién convertida a la religión del profeta Mahoma, con un poder de expansión que conmovió no sólo al mundo cristiano del imperio bizantino, sino al propio mundo islámico: se trataba de los turcos *seljúcidas*, quienes rápidamente conquistaron todo el territorio de Afganistán y el oriente de Persia, llegando hasta Bagdad

Mahoma traspasó el velo que oculta aquello que está escondido al ojo humano y se encontró delante a la última mística unidad de la que todo se deriva. Vio entonces, por especial don de Dios, lo que el ojo humano no puede ver, lo que la mente humana no llega ni siquiera a imaginar." RUSSO, RAFFAELE, *Islam, storie e dottrine*, Ed. Demetra, Firenze, 2001, p. 21 [trad.propia].

7. El tema de Jerusalén como ciudad santa del islam está en el orden del día. Interesante el estudio moderno de Fathi Abu Abed. En un aparte dice: "También los musulmanes llaman a Jerusalén *Al quds* 'la santa' con un profundo vínculo que se remonta al origen del Islam y está motivado por los lugares privilegiados de peregrinación y de presencia más que milenaria y casi ininterrumpida." FATHI ABU ABED, *Gerusalemme oggi Al quds Al yaum*, Centro Studi Assadakah, Roma, 2000, p. 11.
8. La división se realizó básicamente por motivos políticos y alrededor del califa Alí, primo y yerno de Mahoma, esposo de Fátima, la hija predilecta del Profeta. Alí heredó el califato después del asesinato de Uthman (Otmán Abeir Affan) y un grupo fuerte de musulmanes desconoció su autoridad por lo que debió retirarse al Irak donde tenía un fuerte grupo que lo apoyaba (el "partido de Alí", en árabe *Shia-i Alí*, de donde el nombre schiíta o chiíta). Cfr., RUSSO, RAFFAELE, *Islam...*, pp. 170-173.

en 1055, donde los *abásidas* los acogieron como libertadores de la tiranía de los *buwajjidas*.

Los turcos eran nómadas provenientes del Asia central que -en busca de tierras donde establecerse- llegaron a la península de Anatolia, por entonces bajo el dominio bizantino. Allí se establecieron, inicialmente dedicados al pastoreo y a una agricultura semisedentaria, y luego como mercenarios al servicio de los diversos califatos. Esto los acercó al islam, religión que abrazaron masivamente y en la que jugaron en adelante el papel de árbitros del poder expansivo musulmán. Los turcos extendieron su dominio por Siria, la Mesopotamia y Palestina, y en el siglo XI llegaron a extender su zona de influencia inclusive hasta Egipto. Ahí, sin desconocer el califato fatimita del Cairo, se constituyeron en dominadores del ejército y de sectores básicos del poder, como la recaudación de impuestos y el nombramiento de *visires* o delegados del califa para el comando militar.

El anterior marco histórico lleva a entender cómo, para finales del siglo XI, habían cambiado fundamentalmente las relaciones entre el cristianismo, oriental y occidental, y el islam. Los turcos dominaban las rutas entre Europa y la Tierra Santa, detentaban el poder político en Jerusalén y, sin el centralismo de los árabes, dejaban que cada grupo obrara más o menos autónomamente bajo el mando de un emir. El islam de los turcos, de ascendencia sunita, era absolutamente intolerante y expansivo: respetaba a los demás grupos islámicos, pero no les reconocía el predominio religioso y político; del cristianismo poca noticia tenían, fuera de que sus adeptos eran infieles según el concepto coránico y, por tanto, terreno conquistable. Con los turcos, más que con los árabes, los santos lugares quedaron expuestos a la profanación y destrucción, y los caminos de peregrinaje a Tierra Santa desde Europa, del todo cerrados o, por lo menos, caprichosamente controlados, según la buena o mala voluntad de los jefes locales. La Europa cristiana se convirtió, para los turcos islámicos, en tierra de conquista: desde Constantinopla, Budapest, Viena, Roma, hasta donde el mar les cerrara el camino, por el occidente, o hasta los territorios de otros grupos musulmanes que sirvieran de límite a sus ambiciones.

La situación se hizo insostenible en las últimas décadas del siglo XI y el islam turco empezó a cernirse sobre Europa como la peor de las amenazas, no sólo por el peligro que corrían los peregrinos y la periódica hostilidad contra los santos lugares de Belén, Nazaret, Jerusalén y demás, razón reli-

giosa, sino por la inminente probabilidad de un ataque turco a Constantinopla y, desde allí, a toda Europa, razón política.⁹

LA IDEA DE GUERRA SANTA

£ En el *Corán* (*jihad*)

Según el ya citado historiador Russo, gran conocedor de la religión islámica, sin ser él propiamente musulmán,

...la narración coránica de la creación de Adán (*Corán* III,59 y otros) y las inmediatamente siguientes, la rebelión de los ángeles (II,30-33) y la tentación y la caída (II,35-36), marcan la clave para entender la concepción que el islam tiene de la vida moral del ser humano y, al mismo tiempo, uno de los conceptos peor comprendidos, y no sólo en Occidente, de la religión enseñada por Mahoma: el de *jihad* (término habitualmente traducido como *guerra santa*).¹⁰

De hecho, apunta Russo, en la doctrina coránica, la concepción de la vida moral es la de una *jihad* o lucha sin cuartel, en el alma del ser humano, entre potencias sobrenaturales opuestas: las del bien y las del mal. La creencia en la *jihad* depende de la creencia de que existen potencias demoníacas que, a partir del ángel rebelde *Iblis*, influyen en la vida moral del ser humano para tentarlo y tratar de alejarlo del recto camino del bien que es la *shari'a* o ley santa enseñada en el *Corán*.

Todo ser humano tiene obligación de luchar, y esta es una *guerra santa* contra las fuerzas malvadas que obran en la historia y de las cuales nadie puede escapar. "Hay, sin embargo una guía segura contenida en la enseñanza del *Corán* que traza la línea de la guerra moral y que invita a todos los seres humanos a librarse de la propia mezquindad y egoísmo para ayudar a recorrer el recto camino al mayor número posible de personas."¹¹ Esa guía segura que marca el itinerario de la *jihad* se sintetiza en los cinco principios o pilares del islam: fe en Alá y en su Profeta por excelencia, Mahoma, oración, ayuno, limosna y peregrinación a La Meca.

9. Las noticias históricas sobre los turcos seljúcidas están tomadas de: RUSSO, RAFFAELE, *Islam...*, pp. 191-197; CECOLI, PAOLO, *Le Crociate (atrocità e nefandezze nel nome della croce)*, pp. 16-17, GARCÍA VILLOSLADA, RICARDO, *Historia...*, pp. 437-438.

10. RUSSO, RAFFAELE, *Islam...*, p. 61.

11. *Ibidem*.

En el pensamiento básico del *Corán*, según expertos del tema, la *jihad* o guerra santa significa esfuerzo para hacer el bien, combatir los vicios propios y ajenos y las propias tendencias egoístas; tan es así que Mahoma dice que la *jihad* más sublime e importante es contra sí mismo y que “Alá ni tiene piedad por aquel que no tiene piedad con los demás”. Lo anterior me lleva a concluir que el islam tiene en el *Corán* una religión básicamente de paz, basada en la lucha contra las pasiones y, en primer lugar, contra el egoísmo, sin que ello quiera decir que el buen musulmán no pueda defenderse cuando es agredido o perseguido o violentado en sus derechos. La guerra defensiva no es inmoral y Mahoma la predica. Lo veremos más adelante.

¶ En la revelación cristiana

En la revelación evangélica y, en general, en la doctrina del Nuevo Testamento, la religión cristiana no es favorable a la guerra y no hay asidero para hablar de una *guerra santa*, a no ser para significar la lucha contra el mal y el maligno. El tema es difícil y los teólogos bíblicos son cuidadosos al tratar sobre exégesis del Antiguo Testamento en referencia a la paz y a la guerra; algunos autores opinan que los más refinados instrumentos de la exégesis y de la hermenéutica bíblica permiten interpretar los numerosos textos “no pacíficos”, más aún, positivamente violentos y belicosos del Antiguo Testamento, leyéndolos en el contexto de una evolución sapiencial y profética del pueblo de Dios que, de manera imperfecta y lejana, anticipa la paz de Cristo y su novedad. El hecho es más claro en los profetas, para quienes la palabra *shalom* evidencia caracteres muy definidos de una paz basada en la justicia que es don de Dios a su pueblo y que, como don de Dios, no puede ser confundida con la frágil paz de los convenios puramente humanos o de la temporal ausencia de la guerra.¹²

Para nuestro propósito, baste esta breve reflexión, aunque debemos reconocer que el tema es de una riqueza y actualidad impresionantes. Respecto del planteamiento cristiano del problema de la paz basado en el Nuevo Testamento, en el magisterio de los santos padres y en el de los concilios y papas, habría que decir que no se trata de un problema fundamentalmente ético, sino teológico. En efecto, Pablo declara en la Carta a los Efesios que la

12. Cfr., MATTAI, G., “Pace e pacifismo”, en *Nuovo Dizionario di Teologia Morale*, Ed. San Paolo, Torino, 1990, p. 874.

paz no es una relación entre los hombres, consecuencia de una decisión ética y plena de valor. La paz de la cual habla el Evangelio es una persona, la misma persona de nuestro Señor Jesucristo:

Porque Él es nuestra paz: el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro que los separaba, la enemistad, anulando en su carne la ley de los mandamientos con sus preceptos, para crear en sí mismo, de los dos, un solo hombre nuevo, haciendo la paz y reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, por medio de la cruz, dando en sí mismo muerte a la enemistad. Vino a anunciar la paz (Ef. 2, 14-17).¹³

No hay duda ninguna de que el Evangelio contiene un radical mandato del Señor Jesús, no sólo a no matar, sino a “amar a los enemigos” (Cfr., Mt. 5, 21-33). La práctica de la no-violencia activa de Jesús, que culmina en los días de la pasión, expresa claramente la exigencia de un cambio profundo en las relaciones humanas marcadas con la triste dialéctica de la violencia y la contra-violencia. La enseñanza y la vida de Jesús trasciende la cuestión de la legitimidad o ilegitimidad de la defensa armada o de la guerra en pro de la salvaguardia de intereses religiosos. Éticamente se puede establecer la legitimidad de la guerra defensiva y la fijación de sus límites. Pero ello no quita la consideración fundamental de que el mandamiento del amor, síntesis de la revelación cristiana, es absoluto y no se puede amar a Dios sin amar al prójimo.

LA REALIDAD DE LA GUERRA SANTA

£ En el islam

El *Corán* está lleno de augurios de paz y consagra la paz como ideal de convivencia humana. Dice, por ejemplo, en II, 208: “Vosotros los creyentes: entrad todos en la paz; no sigáis las huellas de Satanás porque, en verdad, él es vuestro declarado enemigo.”¹⁴ Otro texto muy diciente dice (XIV, 23): “Los que creen y obran el bien los haremos entrar en jardines donde fluyen ríos y allí permanecerán perpetuamente con el permiso de su Señor. Este será su saludo: paz”.

13. Cfr., PATTARO, G, “Pace...”, en *Nuovo Dizionario di Teologia*, Paoline, Sesta ediz., Torino, 1991, p. 1032.

14. La nota exegética al texto dice: “En la paz: en árabe *silm*: palabra de la misma raíz de *islam*. La explicación es clara: “El término árabe *islam* significa simplemente sumisión, resignación y deriva de una palabra que significa paz” (en *Conoscere l'Islam e i Musulmani*, Publ. Ambasciata Arabia Saudita, Roma, 1999, p. 5.

Sin embargo, es un hecho que la *jihad*, en determinados momentos históricos y en diversos contextos culturales, se ha entendido como lucha armada en defensa de la verdadera fe musulmana o de los pueblos fieles a las enseñanzas coránicas o simplemente de extensión del influjo político y económico del islam en el mundo. Es también un hecho que, al menos en los medios occidentales y a la luz de fenómenos posteriores a la segunda guerra mundial, por ejemplo, el surgimiento del estado de Israel y el *boom* petrolero de los países árabes, se tiene la sensación de que la *guerra santa* se ha convertido en una especie de sexto pilar básico de la doctrina islámica.

No es objeto de este estudio profundizar sobre cada paso de la emergencia de la *jihad* como *guerra santa*, en el sentido estrictamente bélico de defensa y agresión. Sólo es necesario consignar que con los turcos dominadores del islam, en el siglo XI, las relaciones con el cristianismo no fueron las derivadas del *Corán*, ya que Mahoma, cuando hablaba de lucha y convocaba a la defensa del islam, lo hacía contra sus antiguos correligionarios idólatras, los coreicitas de La Meca, que lo habían amenazado y expulsado de su ciudad obligándolo a la huida (hégira) a Medina. Las guerras iniciales para consolidar el islam, objeto de mención en el *Corán*, no fueron contra los cristianos, sino contra los árabes idólatras que se oponían a la predicación monoteísta del Profeta.¹⁵

La concepción político-religiosa de los turcos convertidos recientemente al islam, como hemos ya anotado, era universalmente agresiva contra todos aquellos que no fueran musulmanes, incluidos los de religión bíblica, judíos y cristianos. Además, la fragmentación del poder entre los turcos seljúcidas se prestaba para fomentar la guerra expansiva, no sólo a costa de los territorios de cristianos, sino de los dominados por otros emires. Este activismo militar, a menudo incontrolado por los poderes centrales de los califas, empezó a crear creciente preocupación en Occidente, bloqueado en su tráfico con Tierra Santa y, en general, con el Oriente. De ahí se fue creando la convicción de que el poder del islam, ya establecido hasta la península ibé-

15. "Combatid por la causa de Alá contra aquellos que os combaten, pero sin excesos, porque Alá no ama a los que se exceden. Matadlos donde los encontréis y echadlos de donde os han expulsado: la persecución es peor que el homicidio. No los atacéis en las cercanías de la santa Mezquita mientras no seáis objeto de agresión. Si os agreden, matadlos. Esta es la recompensa de los que no creen. Pero si dejan de hacerlo, entonces Alá es perdonador misericordioso." (II,190-192).

rica, constituía una real amenaza, no sólo para el Oriente bizantino ortodoxo, sino también para el Occidente católico. Fue esta una causa, no la única, del surgimiento de la idea y predicación de la *cruzada*.

En el mundo cristiano: la cruzada

Al volver un poco atrás, es necesario repetir que a partir de la era constantiniana el cristianismo fue el elemento sustancial aglutinante de los distintos pueblos y culturas que se fueron sucediendo en el panorama de la Europa occidental. En Oriente, la Iglesia se constituyó en una de las expresiones del poder imperial, hasta el punto en que el emperador llegó a ser garante, casi representante del poder de Cristo sobre la tierra. En Occidente, con la invasión de los diversos pueblos bárbaros, a menudo en estado muy bajo de desarrollo cultural, la Iglesia se constituyó en el elemento culturizador y en el apoyo doctrinal y religioso de los grupos que se iban sedentarizando, establecían formas de gobierno y abrazaban el cristianismo o se convertían de la herejía arriana que habían abrazado.

Cuando se desarrolló el sistema feudal con la tenencia de la tierra como fuente de la riqueza y del poder, la organización de la Iglesia se adaptó, a veces insensiblemente, a él; tanto los obispados como las abadías de los órdenes monásticos se convirtieron en fuentes de poder político y jurisdiccional y el papado romano en la personificación humana del poder divino, dotado de “las dos espadas” que simbolizaban el poder supremo: la material y la espiritual. La doctrina de la “plena potestad” (*plenitudo potestatis*) de quien es vicario de Cristo, Verbo de Dios omnipotente, se desarrolló influyente y determinante de la actuación religiosa y también política. Con el papa Gregorio VII se definió claramente el alcance teórico y práctico de la *plenitudo potestatis* papal y, como consecuencia lógica, de la centralidad de la sede romana en materia de fe y reforma de costumbres. La conciencia petrina del papa cabeza del mundo, tan viva en el reformador Gregorio VII y en sus sucesores, hizo que el mundo occidental mirara hacia Roma y, bajo la suprema dirección del papa y de la corte pontificia, reavivara su conciencia universalista y su afán de regresar a sus raíces en la tierra santa de Palestina.

Las noticias insistentes, a veces agrandadas, de profanaciones y destrucciones de los santos lugares, y la hostilidad, cuando no el peligro de muerte o esclavitud, de los peregrinos que se aventuraban a emprender el camino de Jerusalén, exacerbaban la ancestral agresividad de las épocas

feudales contra los enemigos de la fe cristiana. El hecho cierto es que al caer Palestina en manos del califa fatimita Al-Hakem, los musulmanes emprendieron una campaña de represión contra judíos y cristianos, llegando a destruir o profanar muchos de los santos lugares. Esto ocurrió en la primera mitad del siglo XI. Por influjo de bizantinos y franceses la situación cambió algo, de manera que se reconstruyeron algunos de los santos lugares y se restableció el flujo de peregrinos de Occidente. Sin embargo, por las naturales dificultades y peligros que surgieron con el dominio turco, las peregrinaciones para venerar los santos lugares dejaron de ser simples ejercicios piadosos y se convirtieron en auténticas expediciones militares. Entonces, la expresión *militia Christi* dejó de significar únicamente el combate espiritual y ascético y empezó a tomarse más como sinónimo de “Iglesia militante” que se comprometía con una causa querida por Dios, la de la fe, y, su consecuencia, la de poder venerar los lugares santificados por el Señor salvaguardando la debida incolumidad de los cristianos peregrinos.¹⁶

Doctrinalmente, la autoridad de san Agustín era definitiva, ya que el santo obispo de Hipona, auténtico maestro de Occidente, había declarado lícita la guerra contra el agresor injusto, y, para el siglo XI, se consideraba que los turcos musulmanes lo eran de la cristiandad. Además, san Agustín, tan claramente pacifista en su mentalidad, veía el poder agresivo que tenían los enemigos de la fe y de la unidad de la Iglesia contra la Iglesia y los cristianos. Vale la pena citar a García Villoslada a este propósito:

Este aparente cambio se explica por el hecho histórico de haber entrado en la comunidad cristiana los pueblos germánicos, cuya más alta gloria era el heroísmo bélico, y más aún por las invasiones de pueblos paganos, normandos, húngaros, eslavos y musulmanes (turcos), contra los cuales la guerra no solamente se hizo justa y necesaria, sino que revistió carácter religioso, porque era en defensa de la fe y del cristianismo: se hizo una *guerra santa*.¹⁷

Es un hecho históricamente cierto que en el siglo XII la cristiandad que sale de la postración de los siglos oscuros anteriores a la reforma gregoriana, al sentirse amenazada por la furia expansionista de los turcos musulmanes e incomunicada por el práctico taponamiento de las sendas hacia los santos

16. Cfr., GUTIÉRREZ, ALBERTO, *La reforma gregoriana y el renacimiento de la cristiandad medieval*, Universidad Javeriana (Colección Profesores, 15), pp. 153-158. Es importante, sobre todo, para el tema de este artículo lo referente al “decreto de Graciano”, pp. 155-157.

17. GARCÍA VILLOSLADA, RICARDO, *Historia...*, p. 435.

lugares, reacciona, en actitud de defensa de lo que considera sus sagrados derechos, con la convicción subjetiva universal de que su *guerra es santa*. Los argumentos son evidentes, para la época, y capaces de conmover la conciencia colectiva en los diversos reinos: no sólo por el fin que persigue, sino por ver que es anunciada y fomentada por los papas, vicarios de Cristo, y motivada por la llamada de auxilio contra la amenaza turca del *basileus* bizantino, Alejo Comneno. Esto podía interpretarse como una oportunidad de regresar a la anhelada unidad de la Iglesia, recientemente rota por la excomunión papal al patriarca Miguel Cerulario (16 de julio de 1064). Se trataba de una llamada insoslayable y urgente de la suprema autoridad eclesiástica, el papa, para tomar la espada, vestirse de la cruz por uniforme y protección y, con el lema de “Dios lo quiere”, emprender la cruzada.

CONCLUSIÓN

Aunque no ha sido objeto directo del trabajo analizar las consecuencias que se derivaron de la múltiple cruzada, vale la pena señalar algunas:

1. La reconquista de los santos lugares, no obstante algunos éxitos que llevaron al establecimiento de un reino cristiano en Jerusalén, no fue duradera, de manera que en el último decenio del siglo XIII los cristianos no tenían ningún dominio sobre Palestina.
2. No obstante lo anterior, se logró frenar, por unos siglos, el expansionismo turco otomano y el Mediterráneo dejó de ser de dominio absoluto musulmán.
3. Comercialmente, se abrieron los caminos del Oriente y, a pesar de la difícil relación entre cristianos y musulmanes, se inició un creciente intercambio lo que favoreció notablemente la industria en ambas vertientes del mundo.
4. Con el desarrollo de la industria y del comercio, surgen nuevas fuentes de riqueza y de poder que, primero, crean un contrapeso económico a la estructura feudal y luego terminan por sustituirla, abriendo paso a una nueva era caracterizada por el renaciente auge de las ciudades y el surgimiento de una nueva clase burguesa, activa y deseosa de surgir a veces de la nada.
5. El cambio socioeconómico produjo consecuencias lógicas en el campo educativo, con el auge de las escuelas y el comienzo del movimiento universitario y con la implantación de nuevos métodos en el campo de las

ciencias experimentales; el afán de conocer el mundo y de viajar, abre la era de los descubrimientos. En este sentido, la cruzada marca un momento crucial de la historia de la humanidad y un hito hacia la modernidad.

Pero, volviendo a la significación religioso-política de los hechos de *guerra santa*, las conclusiones van por otro lado. Tanto desde el punto de vista del islam como del cristianismo oriental y occidental, hay que hacer dos distinciones para poder valorar el momento dramático de los enfrentamientos de entonces y, en el fondo, también de los de hoy. La primera es entre lo subjetivo y lo objetivo del proceso en ambos frentes: musulmanes y cristianos creían estar defendiendo legítimos derechos. El problema consistía en que en la práctica política y religiosa los derechos sobre Jerusalén, considerada ciudad santa por los judíos, los cristianos y los musulmanes, no compaginaban y, entonces, en vez del diálogo, surgía el propósito fundamental, o fundamentalista, de que había que acabar, de una vez por todas, con el incómodo adversario. En el momento presente, justificar lo que objetivamente llegó a extremos de crueldad e injusticia evidentes, resulta imposible. La primera conclusión -tanto a la luz de la revelación cristiana como de la doctrina coránica- consiste en que las tales *guerras santas* no tienen justificación.

La segunda distinción es entre el contenido de los libros sagrados de ambas religiones, la *Biblia* y el *Corán*, y las interpretaciones que se elaboran para justificar *guerras santas*, o expresiones similares: “matanzas de infieles”, “fundamentalismos”, “suicidios homicidas para contribuir a la causa de Alá y ganarse el paraíso”, “secuestros extorsivos” y otros del impresionante vocabulario inhumano de hoy. Desde el punto de vista religioso, tanto la *Biblia* como el *Corán* llaman a la unión con Dios, con los demás seres humanos, con el mundo, casa de todos. Que los cristianos amen su fe y la defiendan; que los musulmanes amen su fe y la defiendan; que los judíos amen su fe y la defiendan: todo eso es bueno y querido por Dios, y la Iglesia lo ha reafirmado solemnemente al proclamar la libertad religiosa y de conciencia. Pero que cristianos, musulmanes y judíos lleguen a proclamar que para amar su fe y defenderla es necesario acabar con el otro o golpear en sus intereses al otro que, por definición, es el infiel, es inaceptable, y crea el fundamentalismo a ultranza e intolerante que, para acreditarse, da a la guerra el título de santa.

Es entonces cuando resuena, como un campanazo de alerta, la palabra de Juan Pablo II, físicamente vacilante, pero espiritualmente poderosa, en su mensaje de año nuevo del 2002: "Dios es vida y fuente de vida. Creer en Él significa testimoniar la misericordia y el perdón, rehusando instrumentalizar su santo nombre: nadie puede, por ningún motivo, matar en nombre de Dios, único y misericordioso."¹⁸

18. JUAN PABLO II, Homilía en la misa del 1 de enero de 2002, "Judaísmo, cristianismo e islam están llamados a proclamar siempre el más firme y decidido rechazo a la violencia", en *Osservatore Romano*, 2-3 enero de 2002, p. 1. Imposible no ver, en este llamado papal, una alusión al 1º sura del *Corán*, la más breve y significativa página del libro sagrado de Mahoma que dice: "En nombre de Alá, el Compasivo, el Misericordioso. La alabanza pertenece a Alá, Señor del mundo, el Compasivo, el Misericordioso, Rey del día del juicio."